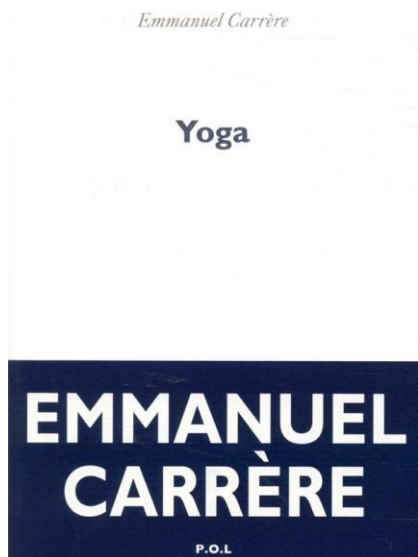


Una historia deslucida de la enfermedad (sobre *Yoga* de Emmanuel Carrère)*

Francisco Salaris Banegas
Universidad Nacional de Córdoba



Cierta parte del ámbito literario francés –o, más especialmente, parisino– sabe muy bien cómo utilizar la polémica como herramienta de difusión cultural. En épocas anteriores las polémicas tenían un espesor estético o intelectual que las hacía más fructíferas y que contribuía a la creación de grandes nombres no solo reconocidos por su obra, sino también por una manera particular de intervención en la escena social (Breton, Artaud, Sartre, por solo citar algunos casos). Hoy en día ese espesor parece haberse diluido y las discusiones se reducen a ámbitos más prosaicos, como la política coyuntural (recordemos el escándalo que produjo *Soumission* de Houellebecq, publicado el mismo día del atentado a *Charlie Hebdo*) o la vida

* Carrère, Emmanuel. (2020). *Yoga*. París : P.O.L. 397 p. ISBN: 978-2-8180-5138-2.

personal, como ocurre en la nueva novela de Emmanuel Carrère, *Yoga*, aparecida hace apenas unos meses. En cualquier caso, la operación sigue resultando exitosa: el mundo entero habló de *Soumission* y *Yoga* trepó rápidamente en la lista de best-sellers de Francia.

Quizás habría que comenzar esta reseña sobre *Yoga* diciendo que, una vez terminado el libro, la polémica resulta difícil de entender. La ex-mujer de Carrère lo acusó de haber incumplido un contrato en el que él se comprometía a no mencionarla en sus obras y también indicó que el libro estaba lleno de mentiras y que daba una imagen muy complaciente del autor. Aunque efectivamente Hélène Devynck y su hija aparecen en la obra, su presencia no es en absoluto escandalosa. Y en cuanto a que el libro da una imagen bastante «autoglorificada» (tal fue la palabra que usó Devynck) de Carrère, no es nada que sorprenda a quien haya leído otros libros del autor.

Como lo dice el narrador en muchas oportunidades, *Yoga* iba a ser «un petit livre souriant et subtil sur le yoga» (11, 44, 187) y acabó siendo la historia de la escritura del libro. Por lo tanto, el yoga no es el único tema de la obra: también se habla aquí de la depresión, de experiencias personales, de situaciones políticas concretas (el terrorismo) y de cuestiones sociales más estructurales (como los refugiados). El resultado es un libro de fácil lectura, sin ningún trabajo muy perceptible sobre la lengua, a excepción de algunas terminaciones bastante desafortunadas de capítulos que intentan generar un efecto dramático a partir de la fragmentación de las oraciones: «Quelques instants avant, je sens que S. N. Goenka va s'en aller, nous laisser seuls. Il reviendra, pas d'inquiétude. On n'est pas inquiets. On est bien» (131), o, para poner otro ejemplo:

C'est *vraiment* la montagne. On la voit enfin. On est arrivé. On y est.

On y est. (31, énfasis en el original).

Esta simpleza de estilo contrasta con otras publicaciones de la editorial P.O.L., que tiene en su catálogo autores más interesantes y menos conocidos, como Jean Rolin o Lise Charles, más preocupados por innovar en la lengua que por contar historias atractivas al gran público. Y es que Carrère adhiere al modelo clásico según el cual la literatura tiene como misión fundamental contar historias: de allí la oposición, que tensa todo *Yoga*, entre la meditación y la escritura. Si la meditación implica liberarse poco a poco de los *vritti* –«les mouvements qui agitent le mental : clapot, houle, vagues, courants profonds, coups de vent ou borrasques qui rient la surface de la conscience» (77)– para percibir lo real existente sin juicios ni interrupciones y así devolver al sujeto a una interioridad inalterable, la escritura es para Carrère la necesidad de intelectualizar esas percepciones, asignarles signos lingüísticos e integrarlas a un flujo discursivo cuya trama es eminentemente descriptiva o narrativa. En esta contradicción se mueve permanentemente el narrador:

La question, que je ne me pose pas pour la première fois, est de savoir s'il y a contradiction ou même incompatibilité entre la pratique de la méditation et mon métier, qui est d'écrire. Pendant les dix jours qui viennent, est-ce que je vais regarder défiler mes pensées sans m'y attacher, ou est-ce que je vais au contraire chercher à les fixer – ce qu'il ne faudrait précisément pas faire, ce qui est l'exact contraire de la méditation ? Est-ce que je vais constamment prendre des notes mentales ? (50).

La tensión pone en jaque la posibilidad de vivir el momento presente, una de las tantas máximas que el narrador va desenrollando sobre el yoga; escribir, como lo deja en claro el propio libro, es una operación que se nutre de los *vritti* y de una percepción tamizada y desnaturalizada del mundo. La desnaturalización es inmanente a la escritura, y allí radica la diferencia con respecto a la práctica del yoga : «Écrire tout ce qui vous traverse 'sans le dénaturer', c'est exactement la même chose qu'observer sa respiration sans la modifier» (86). Sin embargo, en el pasaje citado parece haber una suerte de

expectativa para que la escritura adquiriera una pátina más auténtica: así como el yoga es un camino para lograr una vida más plena en la que la respiración pueda observarse sin modificarla, la escritura podría quizás, luego de un largo entrenamiento, hacerse cargo de lo real en su esencia pura, sin desnaturalizarlo. En este punto –y en tantos otros–, la poética de Carrère es mucho más ingenua que la de Flaubert o Proust, para quienes la desnaturalización –el espesor artístico, diría Proust– es un método de captación de la esencia de las cosas. También se encuentra en las antípodas Pascal Quignard, que aparece, junto a otros tantos escritores importantes (Michel Houellebecq, Alessandro Baricco, etc.) citado en el libro. El narrador coloca esos nombres para construir un mundo literario del que él es orgullosamente parte: una de las insistencias centrales del narrador de *Yoga* apunta a su identidad como escritor. Por su adhesión a la literatura de las tramas y las anécdotas y por la forma como plantea su oficio, Carrère es un escritor profesional, una suerte de oficinista de la literatura. De hecho, no oculta su interés por el reconocimiento internacional, como indica cuando relata una entrevista que le hicieron durante uno de sus períodos de depresión para la *New York Times Magazine* : «À un autre moment, cette visite et l'intérêt du *New York Times Magazine* m'auraient fait un très grand plaisir car j'aspire depuis longtemps à une plus grande reconnaissance par le monde littéraire anglo-saxon» (201). Sin duda, el pasaje adscribe a una de las máximas del libro, que también porta a la figura del escritor profesional : « [la littérature] c'est le lieu où on ne ment pas », « Tout y est vrai » (186, énfasis en el original). Según la ex-mujer de Carrère, el principio está lejos de cumplirse, y es cierto que, a pesar de la develación de ciertas mezquindades como la del interés por el mercado anglosajón, las imágenes que da de sí mismo el narrador suelen ser bastante benévolas: triunfador en el campo literario, hábil en el sexo, especialista en yoga y entusiasta del trabajo social con refugiados. El trastorno mental altera la vida perfecta y es uno de los núcleos de *Yoga*, pero de ninguna manera convierte al libro en «une descente aux enfers», como titularon con gran impulso de marketing algunos diarios franceses.

La enfermedad y el trastorno son sin duda de los grandes temas de la literatura del siglo XX. Sus antecedentes más directos se encuentran probablemente en la melancolía romántica, pero de a poco fue impactando sobre el estilo literario, que acaba funcionando como una suerte de síntoma. Así, la enfermedad se expresa en una forma particular de utilizar el lenguaje más que en la narración prosaica de sus efectos. Los ejemplos son muchos y muy impactantes: Italo Svevo, Louis-Ferdinand Céline, Thomas Bernhard o Fritz Zorn. La propuesta de Carrère es, desde el punto de vista de la lengua, mucho más deslucida, y tal vez por eso la narración de la depresión, que domina todo el capítulo «Histoire de ma folie», no resulta realmente memorable. El narrador nunca lo dice –o nunca lo intuyó–, pero la sensación de eternidad que provoca la depresión –«La dépression, quand on y est, on pense qu'on n'en sortira pas, qu'on n'en sortira que par le suicide» (191)– se parece bastante al punto muerto que propone el yoga con sus records de lentitud (*record de lenteur*) en los movimientos. Posiblemente la exploración de ese punto podría haber dado un vuelo más interesante a la obra.

Historia de la depresión y libro sobre el yoga: esos son los dos ejes que estructuran la obra y que constituyen lo que el narrador llama «ma version à moi de ces livres de développement personnel qui marchent si bien en librairie» (34). A Carrère tampoco le va mal en las librerías, pero sería muy difícil leer *Yoga* como un libro de superación. Aunque de manera débil, poco lograda y bastante artificial, el tono amargo domina hasta el final el texto. En este sentido, la fórmula «un livre souriant et subtil sur le yoga» revela una fuerte carga irónica, oscurecida por el proyecto autobiográfico que de a poco lo empapa todo. En las entrevistas que concedió para promocionar su libro, Carrère defendió siempre al yoga como el tema central, y es cierto que hay una exaltación y una propuesta de su práctica para enfrentar la vida individual. Quizás no alcance para apaciguar la depresión, pero la encamina de una manera más pacífica, la sustrae del vértigo de la mente y la aleja del suicidio. La meditación es para Carrère lo contrario de la escritura, por lo que el yoga

supondría también una pausa en la praxis literaria, pausa necesaria para enfrentar nuevos desafíos.